

su hijo. Entonces Methodio, lanzando un grito de horror:

—Dios es justo, dijo, el niño que acabas de dejar asesinar, Omer, es tu hijo, que te habían robado los judíos y que criaba yo como el fruto de mis entrañas, porque le amaba.

—¡Será verdad lo que dices, perro infiel! dijo casi aullando Omer, precipitándose pálido y con los ojos desencajados hacia el maronita, ¿dices verdad ó intentas enternecerme con una mentira?

—Mi Dios, que es un Dios de verdad, me prohíbe la men-



Omer-Bajá de Damasco.

tira, aun por salvar mi vida, respondió Methodio con dignidad, empero si quieres la prueba de mis palabras, mírala!

Y levantando el ensangrentado cadáver del niño, lo estrechó dolorosamente en sus brazos, despues descubriéndole el pecho y enseñando una pequeña mancha encarnada que desde su nacimiento tenía el pobre niño:

—¿Reconoces esta señal, Omer? dijo.

Dió el bajá un rugido como una fiera á la que acaban de arrebatar sus cachorros, y desenvainando despues su cimitarra,

—¡Desgraciado! ¡Tú hubieras podido salvarle diciéndome que era mi hijo! gritó, y le cortó la cabeza.

—¡Dios es justo! murmuró todavía el maronita al caer,

SEGUNDA SERIE.—1861.

y sus ojos alzados al cielo parecieron cerrarse en una postrera oracion!!!!.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LOS CABALLEROS DE LA MERCED.

I.

LA VUELTA DEL CRUZADO.

Iba cayendo la noche: hallábanse sumergidos los valles en los vapores del crepúsculo; un caballero, que había cos-

AÑO XIX. 21.

teado largo tiempo las orillas del Mediterráneo, penetró por último en una profunda garganta, que serpenteaba entre dos largas laderas cubiertas de pinos. Caballo y caballero parecían haber hecho una larga jornada; su exterior era pobre, fatigado; empero, á despecho de su usada capa, de su casco sin lustre, de su peto oxidado por la lluvia, parecía el joven radiante de contento y felicidad; apresuraba, lleno de alegre impaciencia, el paso de su cabalgadura; miraba con complacencia el camino, cuyas menores sinuosidades parecía que le eran conocidas; hallábase asimismo en una especie de embriaguez del corazón con que hacía asomar la sonrisa á sus labios y el llanto á sus ojos. Llegaba á un recodo del camino; se detuvo delante de una pequeña imagen de la Santísima Virgen, colocada en un nicho medio arruinado, y juntando sus manos, exclamó en alta voz:

—¡Virgen Santa de la Misericordia! héme aquí vuelto á mi patria sano y salvo: cumpliré mi voto que os hecho antes de marchar á la guerra santa. Levantaré en este sitio una capilla y un hospicio para los peregrinos; vendré yo mismo aquí todos los años, á visitar á vuestra santa imagen, y aquel día serviré con gran devoción á treinta y tres pobres, en honor de los treinta y tres años que vuestro Divino Hijo pasó con vos en la tierra!

Con razón daba gracias Berenger de Elvar al Señor, cuya poderosa mano le había sacado libre de peligros sin cuento. Había, fiel vasallo, acompañado al santo rey Luis á la cruzada: herido en Mansourach, se había visto reducido á una dura esclavitud en la casa de un emir egipcio, y solo había recobrado su libertad, cuando el rey de Francia dió un millón de besantes de oro por su gente, y Damieta por el rescate de su propio cuerpo, y se volvía por último de ultramar á la tierra de Provenza á la casa paterna, que tanto había echado de menos. Volvía, es verdad, pobre de bienes... empero le aguardaba la abundancia del hogar doméstico; hallábase agobiado de fatiga ¿pero cuántos tiernos cuidados no le reservaban su madre y su hermana? Representábase su alegría anticipadamente, y se regocijaba en la suya; pensaba en los viejos criados que le habían conocido niño, y no se olvidaba ni aun de su pobre perro, tan fiel, y que tal vez presentía de lejos la llegada de su amo.

—Vamos, decía á su caballo, un poco de ánimo: algunos pasos todavía, y habremos llegado. Para tí una buena cuadra, un buen pesebre y los cuidados de los escuderos. Vamos, valiente, mi buen caballo!...

Tomó el fiel animal el trote, y pronto el joven viagero vió dibujarse en la sombra la masa negra y alta del castillo del Elvar. Estremeciéndose su corazón á aquel aspecto; pero notó con sorpresa que no había ninguna luz en las estrechas ventanas, y no se oía el menor ruido sobre las murallas. Se tranquilizó.

—Están en la sala del Norte, se dijo; mi padre juega al ajedrez con el capellán, y mi madre y hermana estarán hilando con sus ruecas, y los criados trabajarán aparte... ¡voy á encontrarlos!

Tomando el cuerno pendiente de su cintura, sonó la marcha que anunciaba en otro tiempo su vuelta de la caza... nadie respondía... conmovido de impaciencia, se adelantó... hallábase bajado el puente levadizo, á pesar de lo avanzado de la hora... Berenger lo pasó. Bajo la negra

bóveda que coronaba la alta puerta, no encontró sus criados ni escuderos... llamó... solo el eco de las murallas repitió sus gritos. Dirigióse hacia el patio y no halló más que un triste silencio, una profunda oscuridad, una soledad absoluta.

—¡Gran Dios! se dijo ¿qué habrá sucedido?

En aquel momento rompió la luna el velo de nubes en que se hallaba envuelta, y vertió torrentes de luz sobre el castillo de Elvar. Miró en torno suyo Berenger con un secreto é indecible terror, y le pareció que la vida se helaba en sus venas á la vista del cuadro de desolación que se presentó entonces á sus ojos. El castillo no era más que una ruina; los techos se hallaban hechos pedazos, las ventanas abrian sus anchas bocas, despojadas de las vidrieras y cortinas: restos de toda clase se veían amontonados en el suelo del patio; muebles esculpidos, armas preciosas, alhajas hechas pedazos, pergaminos con largos sellos esparcidos sobre las losas: el incendio y el saqueo parecían no haber respetado sino los fuertes muros, que presentaban, sin embargo, las señales del fuego. A aquella vista saltó de su caballo Berenger; y casi loco de terror, pasó por una de las ventanas, cuyas vidrieras habían hecho pedazos, sin duda, manos enemigas, y se encontró en la sala de armas donde en otro tiempo jugaba con su padre y sus antiguos servidores.

—¡Padre mio! exclamó en voz alta ¡padre mio! ¿dónde estáis? ¡madre mia, hermana mia, Alix.... respondedme!

—¿Quién llama? hola, amigo, respondió, dijo una voz que salía de un rincón de aquella vasta y oscura sala.

Precipitóse Berenger hacia el punto donde se había dejado oír la voz, estendió las manos y encontró el brazo de un hombre cubierto con un grosero sayo de piel de cabra.

—¿Quién sois? dijo el joven, y arrastró al desconocido hasta la ventana iluminada por la luna: miradme.

—¿Sois vos? seguramente que sois vos, monseñor, exclamó el desconocido, arrojándose á los pies de Berenger; ¿todavía vivís? ¿no me conocéis? soy yo, Santiago Leronge: el cabrero que jugaba en otro tiempo con vos.

—Te reconozco, si, mi pobre Santiago; pero habla ¿qué ha sucedido aquí? mi padre, mi madre, mi hermana ¿dónde están? ¡dímelo por Dios!

Retiróse el cabrero y con la expresión de un profundo horror dijo, estrechando el brazo de Berenger:

—Vuestro padre, vuestra madre, la señorita Alix, todos han muerto asesinados por Juan de Melfort, el antiguo enemigo de vuestra casa. Allí abajo están enterrados en la capilla.

Flaquearon las piernas de Berenger; tuvo que apoyarse contra la pared, clavando sus ojos estraviados sobre Santiago. Este continuó:

—Se os creía muerto... no temiendo Melfort vuestra vuelta, se dejó caer aquí... los vasallos, los escuderos han sido asesinados; el señor murió defendiendo á su hija; la señorita Alix fué herida de una flecha, y vuestra digna madre cayó muerta de dolor... los miserables han saqueado el castillo y dejado los muertos sin sepultura... pero los religiosos benedictinos los han enterrado á todos en tierra santa. Habíanme dejado por muerto en un rincón del patio... allí, sin embargo, he curado de mis heridas, y he continuado con mi pobre rebaño, habitando la casa donde había sido

alimentado.... yo no creía en vuestra muerte; os aguardaba, quería deciros.....

—¿El qué?

—Que Juan de Melfort tiene un castillo, una muger y una hija, y que es preciso vengaros.

II.

PEDRO NOLASCO.

El alba del día siguiente se había levantado bella y espléndida, un hombre vestido de una tunicela blanca y un escapulario, sobre el que brillaba una cruz en campo de oro, se adelantaba sobre el camino de Elvar; caminaba con paso firme, contemplando con placer los poblados árboles, las colinas entapizadas de tomillo y espliego, los arroyuelos que por entre ellos corrían fluidos y parleros sobre un lecho de rocas, y repetía de vez en cuando y á media voz algunos versos del Salmista, celebrando con el profeta rey del arpa inmortal, al autor de todas las cosas. Llegado bajo las almenas del castillo, cuyos moradores habían sido asesinados, se dijo para sí:

—Entremos en la capilla, y oremos un instante sobre estos abandonados sepulcros.

Atravesó el puente levadizo, que ya no guardaban hombres armados, entró en el patio, y pareció asombrado al ver á un caballero, que reclinado contra las murallas, miraba con sombría atención las ruinas de que se hallaba rodeado. Dirigióse á él el religioso, movido por un sentimiento de viva caridad, y le dijo:

—Querido hijo ¿qué haceis solo en este desierto lugar? los amos de este castillo no existen... me pareceis pálido, fatigado.... ¿estareis malo acaso? hablad. Si teneis hambre tengo pan é higos en mi alforja..... si padecéis, soy algo médico.

Mientras que el religioso hablaba así con tierna insistencia, Berenger había levantado lentamente la cabeza, echándole una mirada fría y tranquila, mas terrible aun que los gritos de la desesperación.

—Soy Berenger de Elvar, le dijo por último....

—¿Y qué, mi querido hijo, exclamó el religioso, todavía vivís? ¡ay! la voluntad del Señor os ha reservado terribles pruebas; sin duda no son superiores á vuestro valor y á vuestra fé. Pero ¿por qué hallaros aquí? teneis parientes, amigos, que se alegrarán mucho de recogeros. Creedme, hijo mio, abandonad estos funestos lugares, donde todo despierta vuestro justo dolor.

—No me alejaré de este castillo, respondió Berenger, con voz concentrada.

El religioso, aunque joven todavía, tenía ya una larga experiencia de los abismos que encierra el corazón del hombre. Adivinaba la ardiente resolución oculta bajo una frente tranquila, la agitación velada bajo una sonrisa, la pasión escondida en un continente tranquilo, el volcán que se esconde bajo un velo de nubes. Así, cogiendo por la mano al joven y clavando en él sus rasgados ojos, le dijo:

—¿Y aun cuando pensase en devolverle el mal que me ha hecho, no sería justo?

—La venganza me toca á mí, y yo la haré: *Mihi vindictam et ego retribuam*: dice el Señor. No, hijo mio, no es justo usurpar los derechos que el mismo Dios se ha reserva-

do, y arrancar al culpable por una muerte prematura y violenta el tiempo del arrepentimiento, que la eterna bondad tal vez le reserva. Yo os lo digo de parte de aquel que será vuestro juez: la venganza no os pertenece, y os lo digo también de parte de aquel que es vuestro Salvador. Solo en la paciencia encontrareis el descanso de vuestra alma. ¿Cuándo hayais destruido el hogar de vuestro enemigo, se habrá reedificado acaso el vuestro? ¿Cuándo hayais hundi-do el acero en el seno de su muger y de su hija, resucitarían vuestra madre y vuestra hermana del seno de los muertos?

¿Cuándo hayais cargado vuestra conciencia con el peso que oprime la suya, sereis mas feliz?

—Padre, interrumpió Berenger, sois un hombre de paz, y no podeis comprenderme.

—Hijo mio, antes de ser religioso era hombre de guerra como vos; antes de vestir el hábito he llevado la coraza y cinturón de los caballeros, y he conocido toda la embriaguez de los pensamientos humanos. Yo os hablo como hombre que puede juzgar de la gloria humana, y os aseguro que, si existe á vuestros ojos ciegos una cierta grandeza en una venganza inexorable, hay otra mucho mas noble en la gracia del perdón que triunfa, no de un enemigo abatido á vuestros pies, sino de la activa pasión de vuestro corazón.

—Padre mio, no podeis comprenderme: retiraos...

—Hijo mio, hermano mio, no os abandonaré; porque la hora de la desesperación no es la que inspira buenas resoluciones; Dios me ha enviado aquí: ¡bendita sea su divina Providencia que nada hace en vano!

—Pero vos, exclamó bruscamente Berenger, vos que queréis que perdone como un cobarde ¿sabéis el mal que me ha hecho ese hombre? ¿Sabéis que después de dos años de la mas penosa cautividad yo volvía lleno de esperanza y de alegría, ávido de amor, trayendo en mi alma una ternura sin límites para mi anciano padre y mi joven hermana, y que gracias á Melfort, nada he encontrado aquí, en lugar del hogar doméstico, sino las piedras y tres sepulcros? ¿Cómo ha vengado él sobre pobres vasallos, sobre un anciano, sobre mugeres las ofensas de sus antepasados?

¿Y no he de tener yo derecho á devolver luto por luto, dolor por dolor?... Sabéis que durante esta noche que acabo de pasar en esta casa desolada, no lejos de los ataúdes de mi familia, oía voces queridas, voces conocidas, que me gritaban: ¡hiere para vengarnos! Obedeceré.

—No, hijo mio, vuestro dolor os extravió; yo he conocido á los que llorais; vuestro padre era un hombre justo, vuestra madre una noble y piadosa señora, vuestra joven hermana un ángel de inocencia; y los tres, al entrar en el reposo de los santos, solicitan el perdón de su asesino: reunen sobre su cabeza, no la ardiente corona de la venganza, sino los inefables tesoros de la caridad. ¡Oh! no, almas bienaventuradas; no es la venganza la que demandais al Señor, no queréis otra sino el ver perdonado á vuestro enemigo, y sentado á vuestro lado durante toda la eternidad; pero vuestro hijo, vuestro hermano, todavía sujeto á los vínculos de la carne, no puede comprenderos...

—Vuestras palabras me hacen mal, dijo Berenger, y sin embargo, vuestra voz es la voz de un amigo.

—No lo dudeis, hermano mio; vuestro dolor, del que yo he sido el primer confidente, nos une para siempre. En

nombre de esa amistad que me habeis inspirado, concededme un favor. Nuestro monasterio no está lejos de aquí; dignaos aceptar en él la hospitalidad; nuestra casa será vuestra casa: allí encontrareis paz y hermanos, y cualquiera que sean vuestros proyectos, se madurarán en el silencio de la reflexión. Abandonad estos desolados sitios, y venid á la morada que el Señor os abre.

—¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre?

—Yo soy, dijo el religioso, un caballero de Nuestra Señora de la Merced, y me llamo Pedro Nolasco.

III.

LA HIJA DEL CAUTIVO.

Diez años habian pasado. La órden de la Merced poseía una encomienda á las puertas de Montpellier, puerto avanzado de la caridad, de donde se veía salir todos los días aquella valerosa milicia que defendía las playas de la Europa contra la irrupción de los sarracenos, ó mas heroica todavía, iba á arrancar sus víctimas hasta el fondo de las mazmorras, ó mas allá de las arenas del desierto. Hacia esta santa morada, cuyas blancas paredes se dejaban ver desde lejos, se dirigía á la hora del medio día una jóven, acompañada de un adolescente y seguida de un anciano servidor. Pasaron el puente levadizo, y se detuvieron bajo la torre, en cuya cumbre ondeaba la bandera de la órden: allí hablaron á un centinela que les indicó el camino del claustro. Detuvieronse los jóvenes intimidados á la entrada de aquel vasto recinto, donde descansaban ya en un pacífico y glorioso sueño algunos de los frailes compañeros de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort.

Sus modestos sepulcros se levantaban en medio de un vasto patio: al rededor, bajo las bóvedas del claustro se paseaban silenciosos algunos caballeros y algunos sacerdotes, vestidos los primeros de una túnica y un manto de color blanco, y los segundos con la túnica corta, sobre la que se veían las armas del rey de Aragón, testimonio de afecto de aquel príncipe por la órden redentora. Nada turbaba la calma y el recogimiento de aquel lugar sino el acompasado paso sobre las losas y el roce de las largas capas de sayal. Por último, habiendo un sacerdote visto á la jóven y su compañero, se aproximó á ellos. Era un hombre jóven todavía, pero cuya frente arrugada y cabellos canos, con su mirada melancólica, parecía revelar antiguos é inolvidables padecimientos, grandes fatigas y dolorosos combates. Con una voz llena de dulzura dijo:

—¿Qué quereis, señorita?

—¡Ay! señor! respondió ella: somos pobres jóvenes, casi huérfanos, aunque nuestro padre y nuestra madre viven: porque el uno está cautivo en los sarracenos, y la otra moribunda en su lecho de inquietud y de dolor.

—¿Vuestro padre está cautivo?

—Sí, señor, habia ido á Barcelona para recoger una herencia procedente de un pariente de nuestra madre, y volvía contento á Provenza, cuando la galera en que venía fué tomada por los berberiscos. En vano se defendió; aquellos crueles le han llevado esclavo, y creemos que se halla en este momento en Tanger. ¡Mi noble padre esclavo!.... ¡vendido á vil precio!....

El llanto interrumpió á la jóven, y su hermano lloraba al verla llorar.

—Tranquilizaos, señorita, dijo el religioso; se os devolverá vuestro padre.

—¡Ay, noble señor! nada nos costará emplearlo todo para su rescate; mi madre me ha entregado sus joyas, sus collares, sus sortijas; empeñaremos nuestras tierras y sus rentas. Si os dignais el ir en socorro de mi padre, pondremos en vuestras manos una suma mas que suficiente para rescatarle: tenemos vasallos fieles, amigos experimentados, y entre ellos no hay ninguno que no quiera contribuir á la libertad del señor de Melfort.

—¿Melfort? exclamó el religioso, ¿Melfort? ¿vuestro padre se llama.....

—Juan de Melfort, señor; si sois provenzal conocereis ese ilustre nombre.

—Le conozco, dijo el religioso en voz baja; le conozco.., y demasiado; mil veces demasiado!

Se apartó. Sus ojos chispeaban de cólera..... los dirigió por último hacia el Crucifijo que se levantaba en medio del claustro.

—¿Y qué, murmuró ¡gran Dios! la pasión reina todavía en esta alma que ha domado vuestra gracia? ¿La voz de esa niña despierta en mí el odio y la venganza, que creía sofocados?... ¡Padre mio! ¡madre mia! ¡hermana mia! ¿qué me quereis? sombras santas, ¿qué exigís de mí?

Calló, con las miradas clavadas sobre el divino Crucifijo, y despues de un largo rato de silencio, volviéndose hacia los jóvenes, les dijo con una inefable calma:

—Iré en busca de vuestro padre, y si Dios quiere, os lo devolveré. Orad por mí, porque soy un pecador.

Algunas horas despues, un religioso, en traje de camino, recibía de rodillas la bendición de Pedro Nolasco, general entonces de la órden, y le decía al abrazarle:

—Id, hijo mio, y no economiceis ni vuestra sangre ni vuestra vida por servir al prójimo: id, servidor de Cristo, y sed semejante á vuestro Maestro. Acordaos que vuestros votos os obligan á permanecer entre cadenas á fin de liberar á un cristiano..... Adios, fray Berenger.

IV.

LA LIBERTAD.

El vigía colocado en la cumbre de la torre de la bahía de San Victor, en Marsella, acababa de hacer la señal de que habia á la vista muchos navíos dispuestos á entrar en el puerto. Apresuróse el pueblo á acudir á la llamada, y trataba de reconocer en el velamen y la marcha á los buques, que un viento fresco impelia rápidamente. En medio de aquella multitud bulliciosa, impaciente, se hallaba apartado, en silencio, un pequeño grupo. Era una muger que llevaba el vestido negro y el peinado de las viudas, una jóven tímidamente apoyada sobre su madre, y un niño de doce á trece años, que jugaba con distraída mano con un lebril. Un anciano criado se hallaba en pie detrás de ellos, y seguía atentamente con la vista las velas blancas de los buques, que se aproximaban cada vez mas, mecidos sobre las olas que alza la brisa matinal. Vefanse dibujadas sobre el cielo las diferentes formas de tres navíos, que iban siendo cada vez mas distintas, y bien pronto se vieron los colores de las banderas enarboladas en la proa.

Un piloto de ojo experimentado exclamó al fin con alta voz:

—¡Bendita sea Nuestra Señora de la Guardia! Reconozco la primera embarcación; es la nave Félix, viene de Palermo, y nos traerá noticias del duque de Anjou, marido de Beatriz de Provenza.

—Y la segunda, interrumpió otro, es la carabela de Santa María; esa viene de Esmirna con cargamentos de frutas y esencias.

En efecto, los dos navíos anunciados no tardaron en entrar en la rada en medio de las aclamaciones de los curiosos. El tercero, mas pesado, quedaba detrás y luchaba contra el viento, que le era menos favorable. La viuda y sus hijos le miraban siempre con ansiedad, aunque sin distinguirla bien. La buena señora había dicho:

—Es inútil el aguardar, hijos míos. Dios quiere probarlos todavía.

—¡Madre mía! exclamó de pronto el mas joven: ¡mirad! Yo veo claro el estandarte de la religion de la Merced, que ondea á bordo de aquel navío.

Palideció la viuda, y llevó sus manos al corazón, desfallecido de alegría y de temor. El buque de los cautivos se puso al alcance de su vista; el viento hacia ondear la bandera en la proa, y se distinguían sobre su fondo blanco las armas de Aragón y la divisa: *Redemptionem misit populo suo*.

—Es el San Juan Bautista! el navío de los Redentores! exclamó el pueblo.

—¡Gran Dios! dijo la viuda ¿sería eso posible? ¡Oh Virgen Santa! ¡no permitais que me engañe en mis esperanzas!

Miró todavía, y vió sobre el puente un hombre vestido con una capa blanca.

—Madre mía, dijo la joven: ¿es él? ¿es aquel sacerdote!

—Hay un cautivo á bordo. ¡Victoria! ¡victoria! dijeron los marineros y los pilotos. ¡Victoria por Nuestra Señora de la Guardia! El cautivo colgará sus cadenas en sus altares.

La señora se aproximó á la orilla del mar: una nube cubría su vista: no se atrevía á mirar por miedo de no ver á su esposo tan largo tiempo aguardado; pero las exclamaciones de sus hijos y del pueblo, la obligaron á levantar los ojos..... El navío se hallaba en la rada; un hombre bajaba, un hombre pobremente vestido, con los pies descalzos y las manos cargadas de cadenas, pero con la frente radiante. Dió entonces ella un grito, se adelantó algunos pasos, y cayó, llena de alegría, en los brazos del cautivo. Estrechóla éste contra su corazón; bendijo con el gesto y la vista á sus hijos, que llorando se esforzaban por quitar las cadenas; pero, volviéndose inmediatamente, y designando al religioso que bajaba de la galera, exclamó en voz alta:

—Esposa, hijos; si me amais, bendecid á este religioso á quien debo la libertad y la vida..... ¡Que todo el que ame á Melfort, quiera á este hombre de Dios!

Y como el padre religioso queria alejarse, el caballero le detuvo vigorosamente por el brazo, y dijo todavía mas alto:

—Me ha buscado hasta en los confines del gran desierto, donde me habían llevado mis amos; me ha encontrado moribundo de la fiebre amarilla; sin temor y sin disgusto se ha instalado á la cabecera de mi cama, y me ha curado con sus cuidados, y mas todavía con tanta buena amistad. Los infieles no se creían bastante pagados con mi rescate... se ha ofrecido permanecer cautivo en mi lugar; pero yo pongo por testigo á Dios y á su bendita Madre de que no lo

hubiera permitido. Hé aquí lo que ha hecho; y yo quiero ¿me oís, hijos míos? que todo lo que lleve el nombre de Melfort sea en lo sucesivo el amigo y el servidor de la santa orden de la Merced.

Al acabar estas palabras un hombre vestido con una túnica y un sombrero de paño se adelantó bruscamente y dijo:

—¿Vos sois el señor de Melfort? ¿Conoceis el nombre de vuestro redentor, señor mío?

—Se llama fray Berenger, no le conozco otro nombre.

—Yo os lo diré, yo: ¿se llama Berenger, señor de Elvar; de Elvar? ¿lo oís?... ¡Ah, mi querido amo, mi querido señor! añadió el aldeano, bañando de lágrimas la mano del religioso: ¡os he reconocido!

Melfort había retrocedido lleno de estupor; miraba al religioso con una especie de terror, cual si un muerto, salido del sepulcro, se hubiera presentado ante sus ojos.

—Berenger de Elvar! dijo por último, ¿es verdad?

—¡Si, es verdad! yo hubiera reconocido á mi señor en medio de un ejército, exclamó Santiago Leronge (porque era él); yo fui en otro tiempo su vasallo, su siervo, me dió libertad y me enriqueció, soy al presente hombre libre y ciudadano de esta ciudad... es mi bienhechor.

—¡Y el mío! dijo Melfort, cayendo de rodillas á los pies de Berenger; siervo de Dios, ¿lo que oigo es verdad? ¿sois vos el que me habeis salvado á costa de vuestra propia vida?... á mí.... á mí.... ¡sabiais quién era yo, y me habeis perseguido con vuestros beneficios!

—No os humilleis delante de un pecador, hermano mío, dijo Berenger, levantando al caballero: olvidemos lo pasado, y roguemos á Dios nos perdone nuestras mútuas ofensas.

—Vuestro perdon es el que yo imploro para poder esperar el de Dios, replicó Melfort: empero sabedlo; desde el día en que por vengar las ofensas de mis padres puse mis manos violentas sobre los vuestros, desde aquel día fatal, no he tenido una noche tranquila, y la misma felicidad que me había otorgado el cielo, se convertía en amarguras.....

Creeré, sin embargo ser absuelto si vos me perdonais.

—Recibid este abrazo en prenda de mi amistad, dijo Berenger, estrechando en sus brazos á aquel que fué el enemigo de su casa, y venid al altar donde voy á ofrecer la santa víctima para implorar la misericordia de vuestro Dios..... venid, seguidme.

Dirigiéronse á la capilla de Nuestra Señora de la Guardia, seguidos de Santiago Leronge y de una multitud de pueblo. El cautivo colgó sus cadenas á los pies de la imagen milagrosa, y comenzó la misa. Berenguer de Elvar, el hijo y el discípulo de San Pedro Nolasco, inmoló sobre el altar por última vez los recuerdos de odio y resentimiento, y cuando, unido él mismo al Salvador de los hombres, depositó la Santa Hostia sobre los labios de Melfort, aquellos dos vástagos de dos casas enemigas habían desaparecido.

No quedaban mas que hermanos unidos por los vínculos de la caridad divina, por el sacrificio de la mas alta virtud y por el reconocimiento mas humilde y mas profundo.

La obra del rescate de los esclavos se confirma en nuestros días de una manera mas interesante todavía, pues que se ejecuta por mugeres, y tiene por objeto los pobres niños idólatras.

Las religiosas del Buen Pastor de Angerit han fundado una casa en el Cairo y otra en Túnez, y se han consagrado al rescate y la educación cristiana de las niñas esclavas, que hacen comprar en los mercados. Una limosna de cincuenta á sesenta pesetas basta para el rescate y la educación de una niña africana, á quien se la dá á la vez el cielo y la libertad. La obra de la Santa Infancia, tan propagada en todo el mundo, y que en España tiene á su cabeza al excelso Príncipe de Asturias, se ha consagrado también á rescatar los niños de la China destinados al abandono y á la muerte. Una limosna de dos cuartos al mes basta para obrar tan grande prodigio de caridad.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

ANTIGÜEDADES DE CALDAS DE MONBUY.

(CATALUÑA.)

II.

Alocupáramos de las antigüedades de Caldas de Monbuy, en el anterior artículo (1), bajo el punto de vista arqueológico eclesiástico, hemos dicho que no había carecido esta población de cierta importancia durante la dominación romana. Y en efecto, entre las inscripciones que en ella se conservan ó de que se tiene noticia, citaremos las siguientes, que proceden de aquella remotísima época.

APOLLINI
L. MINITIUS
APRONIANVS
GAL. TARRAC.
T. P. I.

Inscripción que demuestra la gratitud de Lucio Minicio Aproniano, al dios Apolo inventor de la medicina, por haber encontrado alivio de sus dolencias con las aguas termales, como nos demuestra igualmente otra inscripción dedicada á la misma divinidad por Lucio Vibio. Dice así:

APOLLIN
SANCTO
L. VIBIUS
ALCINOVS.

Otras inscripciones, prueban asimismo la simpatía que de los romanos obtenía la población de Caldas por los maravillosos efectos de sus aguas. Hélas aquí:

S. S.
C. IROC. ZOTICVS
V. S. L. M.

APOLLINI
M. FONTEIVS
NOVANA...
CONSVL...

(1) Véase la pág. 259 del tomo anterior.

En la casa de baños del Sr. don Antonio Llovet, se conserva la inscripción siguiente:

Q. CASSIVS
GARONICVS
A V S L M

Otra inscripción se ha encontrado igualmente en Caldas de que el referido Sr. Llovet dió conocimiento á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, y dice así:

P. LICINIUS. PHI
LETVS. ET. LICI
NIA. GRASSI. LIB
PEREGRINA. ISIDI.
V. S. L. M. LOC. AG. PA. RE. PVB.

De cuya inscripción dió noticia el Diario de Barcelona del 13 de abril de 1840, y según opina el mismo Sr. Llovet debe leerse: *Publio Licinio Fileto y Licinia Peregrina liberta de Crasso, con ánimo libre, cumplieron este voto á Isis, en lugar y con dinero de la república.*

De alguna de estas inscripciones sería conveniente sacar calcos exactísimos y rectificar acaso su lectura, pues según nos ha hecho observar el distinguido anticuario de Berlín, Mr. Emilio Hübner, que se ha dedicado especialmente al estudio de todas las inscripciones griegas y romanas de España y Portugal, las versiones que dan los diferentes autores no son enteramente exactas. Por ejemplo, unos han leído MINICIUS y otros MINITIUS; unos leen Nov y otros NOVANIA... etc. etc.

En casa del Sr. Broquetas se hallan también las siguientes inscripciones.

CORNELIA. FLO
RA. PRO. PHILIPPO
MINERVAE
V. S. L. M.

El sentido de la inscripción anterior es: *Cornelia Flora cumplió ó satisfizo el voto que había hecho á Minerva por la salud de Filipo, y lo cumplió con razón y gusto. (Potum Solvit Libenter Merito.)*

El Sr. don Carlos Gonzalez de Posada, dignidad de enfermero de la santa iglesia de Tarragona, por medio del señor don Felix Torres Amat, dió en 1823 noticia de la referida inscripción á la Real Academia de la Historia, y añade que «esta inscripción es noble y enérgica en alto grado, y aunque deseáramos saber si Filipo era padre ó hermano, ó hijo, ó marido ó amante de Cornelia, esto mismo ayuda á su elegancia, por que hablando con Minerva, que lo sabía como diosa, no era necesario decirlo.»

Según los más fidedignos y antiguos autores, fué contada Caldas entre las villas *estipendiarias*, durante la dominación romana.

Pero cuando suena en la historia por un suceso de mucha importancia acaecido en sus cercanías, es en el siglo X de nuestra era, pues en una de las correrías que emprendieron los moros por Cataluña, derrotaron las fuerzas cristianas que al mando del conde Borrell, de Barcelona, pretendían estorbar su paso. El mismo conde y quinientos de los suyos quedaron tendidos en el campo de batalla, no lejos de Caldas.

Sobre este sangriento episodio y el que se le siguió después, hemos encontrado la siguiente noticia en una antiquísima crónica que habla de cosas de Cataluña y se conserva en la Biblioteca Nacional, G. 17. De su contenido se deduce que Borrell y los moros tuvieron una acción muy reñida en un lugar que se llamaba *Romranes*, en el Valles, quedando sin vida nueve cientos caballeros junto con el conde, y los pocos que pudieron salvarse de la catástrofe se guarecieron con su hijo en Barcelona. Y añade: «cuando la batalla sobredicha fué fecha acabo de tres días los sobre dichos moros cortaron las cabezas á todos los ya dichos nueve cientos caballeros y el dicho conde Borrell que estaban en el campo muertos, y los dichos moros binyéronse á la cibdad de Barcelona en un lugar que dizen la balsa de Beseya, con las dichas cabezas y allí bastecieron un ingenio y echaron primeramente en la cibdad la cabeza de Borrell conde de Barcelona y después todas las otras de los nueve cientos caballeros cristianos, es á saber en la plaza delante la iglesia de San Justo y de San Pastor, etc.»—Obsérvese como esta relacion aumenta el número de muertos que nosotros hemos establecido antes, conforme con los historiadores de Cataluña.

Hablando don Ignacio Graells, antiguo médico director de los baños de Caldas, de las antigüedades de la misma villa, en una memoria dirigida á la Real Academia de la Historia por el doctor don Felix Janer, dice; «no debo pasar en silencio que en las escavaciones que en diferentes épocas se han hecho en su plaza y calles para conducir agua mineral á las casas de baños, ha sido muy comun encontrar monedas del tiempo de los emperadores romanos, entre las cuales algunas pertenecen á César Augusto, otras á Germánico César, hijo de Tiberio Augusto, y otras á Antonino Augusto Pio. Tampoco será demás el indicar aqui que el doctor don José Salat, en el tratado que publicó en el año 1818 con instrumentos justificativos de las monedas labradas en el principado de Cataluña, hace mencion de algunas que fueron acuñadas en la misma villa de Caldas de Monbuy.... una de estas por el anverso tiene las armas coronadas de Cataluña, que son las cuatro barras metidas dentro de gráfila con la leyenda alrededor *Principal Catala*. Por el reverso tiene el escudo pequeño acuartelado de las barras y cruz de San Jorge, con la leyenda al contorno *Aldar*. 1641. Es de cobre, y pesa una dracma y veinte y cuatro granos. Aunque no se lee enteramente *calidarum* por estar gastada la moneda, el doctor Salat dice, que con seguridad podemos afirmar haberse labrado en la villa de Caldas, en el año 1641, lo que se lee bien claro, y que tal vez la barra serviría de L que el grabador no cuidó de que saliese por confundirla con ella. El nombre de esta villa se manifiesta con toda claridad en otra moneda del mismo peso, tipo y materia, cuya descripcion puede verse en la citada obra; y este es el principal fundamento que tiene su autor para creer que la primera se ha fabricado tambien en Caldas de Monbuy.»

Queda pues de todos modos probada la antigüedad de la villa de Caldas de Monbuy, y la importancia que á sus maravillosas aguas termales concedian los romanos, importancia que no degeneró en los tiempos medios y continua en todosu apogeo en la actualidad, en que es visitada por centenares de dolientes.

FLORENCIO JANER.

EL NEOMORPHA GOULDII DE LA NUEVA ZELANDA.

Hay una gran diferencia en los sexos en los animales. Entre los mamíferos se ve desde los primeros escalones de la animalidad al gorilla exagerar hasta el exceso la superioridad de estatura y de fuerza del macho sobre la hembra, y á los orangutanes machos distinguirse por aquellos pómulos salientes de su cara, que tan horrorosos, y extremadamente feos los hace. Entre los monos cavayes el macho es enteramente negro, mientras que la hembra, á la que por mucho tiempo se ha tomado por de una especie diferente es toda amarilla. El macho es el *stentor* ó *mycetes niger*. La hembra el *stentor* ó *mycetes stramioneses* de los antiguos.

Entre los rumiantes el nilgo presenta tambien un ejemplo de distinto color de un sexo á otro. En estos mamíferos los machos jóvenes se parecen á las hembras en su color. En los demas órdenes de animales de garras ó de uñas solo el leon lleva crines, y las focas machos de trompa de capucha solo llevan aquellos singulares apéndices que les ha hecho dar este nombre, las trompas. En los herbívoros los machos están algunas veces armados de colmillos y con frecuencia de prolongaciones frontales muy desarrolladas, que solo existen muy en pequeño en las hembras, ó bien carecen de ellos completamente.

Los hechos de este género son extremadamente comunes en los pájaros. De un sexo á otro hay una diferencia muy marcada en grandor. Son mas grandes los machos en las gallinaceas y los palmípedos polígamos; mas notable aun pero por ser mas grandes las hembras en losalcones, buitres, milanos, y otros géneros análogos.

Con mucha frecuencia tambien se diferencian el macho y la hembra en el plumage: los colores son vivos en los machos, apagados en las hembras. Solo los rhyncheos presentan el caso contrario.

Al mismo tiempo que los machos son mas hermosos por el brillo de sus colores, tienen adornos en su plumage, penachos, crestas y barbas que les faltan á las hembras. Tienen tambien como las gallinaceas y de presa espolones, y algunas aves hasta tres en cada pata.

Un caso muy singular, extraordinario y único hasta hoy dia, es el que presenta el género neomorpha, establecido en 1836 por Mr. Gould. En el pájaro de la Nueva-Zelanda que es su tipo, el pico del macho es mediano, y casi recto, el de la hembra es un doble de largo, y encorbado en semicirculo.

En este notabilísimo ejemplo, á tomar al pié de la letra la clasificacion del sábio naturalista Cuvier, seria un pájaro dentirostro, y la hembra habria que colocarla entre los tenuirostros. Mr. Gould se ha guardado muy bien de cometer semejante falta, empero no ha podido menos de hacer del macho y de la hembra dos especies distintas. *Neomorpha crassirostris* (el macho) y *Neomorpha acutirostris*, (la hembra).

Monsieur Gray descubrió muy pronto este error, lo combatió, y convencido el mismo Mr. Gould, rectificó su equivocacion.

Estos pájaros, que los indígenas de la Nueva-Zelanda llaman ellia, no se encuentran sino en las colinas inmediatas al puerto de Nicholson. Se mantienen con granos é insectos. Las plumas de su cola se envían como un buen regalo á



Pájaros de Nueva-Zelanda, el macho y la hembra, $\frac{2}{5}$ del tamaño natural.

diversas partes del país. Son muy mansos, y dejan que se acerquen tanto á ellos las gentes que con la mayor facilidad se les mata á palos.

El árbol sobre que está la pareja cuyo retrato damos á nuestros lectores es el *corynocarpus laevigata*.

ADOLFO SERRA.